

Muestra  
promocional

**Prohibida  
su venta**

© Santillana

Muestra  
promocional

**Prohibida  
su venta**

© Santillana



[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2022, Santiago Páez

© De esta edición:

2023, Santillana S. A.

Vía a Nayón y Av. Simón Bolívar

Centro Corporativo Ekopark, torre 5, piso 5

Teléfono: 335 0356

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador



ISBN: 978-9942-31-586-1

Derechos de autor: 063393

Impreso en Ecuador por Imprenta Don Bosco

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Agosto 2022

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2023

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Coordinación editorial: Gabriela Tamariz

Edición: Mauricio Montenegro

Ilustración de la portada: Paola Karolys y Gabriel Karolys

Corrección de estilo: Alejo Romano

Diagramación: Luis Guerra

Autoría de actividades: Lucrecia Maldonado

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# LOS HACKERS Y LA SERPIENTE

promocional  
Santiago Páez

Prohibida  
su venta

© Santillana

loqueleo

Muestra  
promocional

**Prohibida  
su venta**

© Santillana



*Para Sheyka y Lukas,  
que bien podrían ser  
agentes secretos.*

Muestra  
promocional

**Prohibida  
su venta**

© Santillana



*Hubo una civilización  
libre y humana en el Ecuador  
cuando en Europa reinaba  
la más antigua Edad de Piedra.*

SIR RODERICK MURCHINSON,  
citado en *El camino del sol*,  
de JORGE CARRERA ANDRADE.

Muestra  
promocional

**Prohibida  
su venta**

© Santillana

# Índice



Prólogo .....	13
Capítulo I .....	19
Capítulo II .....	55
Capítulo III .....	89
Capítulo IV .....	123
Epílogo .....	159
Cuaderno de análisis .....	161

Muestra  
promocional

**Prohibida  
su venta**

© Santillana

## Prólogo



Las iguanas se extendían al sol, entre los árboles y arbustos intensamente verdes del parque Centenario. El puerto de Guayaquil —activo e incansable— había despertado unas horas antes y, a las nueve de la mañana, ya las vías de su centro estaban atestadas con oficinistas que se atrasaban a sus trabajos, colegas bulliciosos que vagaban por las calles disfrutando de sus vacaciones de Semana Santa, vendedores que voceaban sus mercancías y reposados viejos que recorrían las aceras de las avenidas comerciales vistiendo sus guayaberas almidonadas y tocados con sombreros de paja toquilla.

13

En el gentío, resaltaba Kaya Illumán por su traje tradicional de indígena otavaleña: blusa blanquísima de complicados bordados, anaco de paño azul oscuro, faja de colores y un gran collar de mínimas cuentas doradas. Iba con la cabeza descubierta; su cabello, muy negro y sedoso, lo llevaba —como era tradicional— envuelto en la nuca con una cinta tejida de los mismos colores de la faja que le ceñía la cintura. La joven, esbelta y bella, caminaba con rapidez entre los viandantes, sin que la multitud la estorbara; más bien, parecía aprovecharse de ella para despistar a quien quisiera seguir sus pasos.

A momentos, y como si no lo buscara, desaparecía detrás de un poste o aprovechaba que junto a ella caminaba un paseante muy gordo para ocultarse tras sus espaldas y, luego, saltar hacia la sombra de un portal, en la que se perdía por un par de minutos mientras observaba la muchedumbre para asegurarse de que nadie la acechaba.

Cuando estuvo convencida de que no la perseguían, curvó en una esquina para entrar a un cibercafé en el que cuatro o cinco personas estaban sentadas frente a una hilera de computadores que descansaban sobre mesas de hierro y fórmica adosadas al lado izquierdo del estrecho local. Una barra de aluminio y plástico ocupaba el lado derecho; en ella se apoyaba el que debía estar a cargo del negocio, un joven gordo que la miró con indiferencia. Al fondo, sobre la pared, en luces de neón rojas y verdes, se podía leer una sentencia en inglés:

14

**Don't need permission.  
made my decision  
to test my limits.<sup>1</sup>**

Kaya —que detestaba el pop— sonrió, pensando que por una vez la letra de una canción de ese género se adecuaba a ella, y dijo al encargado:

—Quiero una máquina.

—La número cinco está libre —le respondió el muchacho.

La joven ocupó el lugar señalado y, tras mover el ratón para activar la computadora, se puso los audífonos que colgaban de un gancho junto al teclado, buscó en el navegador

---

<sup>1</sup> Parte de la canción de Ariana Grande titulada «Dangerous woman».

un video de Los Saicos,<sup>2</sup> su grupo preferido y, mientras escuchaba «El entierro de los gatos» y fingía ver en la pantalla las viejas imágenes de los músicos, se aseguró de que nadie se fijara en ella.

Entonces, y tras cerrar el video, escribió la dirección de la plataforma de entretenimiento de Knowledge & Games Corporation (K&GC). El logo del sitio web empezó a destellar en la pantalla y, luego, un menú se desplegó en la parte inferior. Tras digitar su clave, Kaya accedió al sitio de juegos experimentales al que solo podían ingresar los empleados de la empresa.

El Guayaquil moderno de esa mañana de finales de febrero desapareció para ser sustituido, en la imaginación de Kaya —y gracias a las imágenes que brillaban en la pantalla—, por el Madrid de los Austrias, del lejano siglo en el que el indígena Gonzales Lobo, el protagonista del juego, recorría calles encharcadas y soportales oscuros entre un gentío abigarrado de hombres ataviados con grandes sombreros, capas negras, jubones de mangas abullonadas y finas espadas toledanas, y mujeres de amplios vestidos que se cubrían las cabezas con mantillas oscuras de encaje. Gonzales Lobo caminaba por el Madrid del siglo XVII en busca del rey Carlos II de Habsburgo, el Hechizado, a quien él, desde las lejanas colonias de las Indias, había ido a conocer.<sup>3</sup>

En el juego, una serie de enemigos —bandoleros, guardias e inquisidores— debía dificultar la misión

---

<sup>2</sup> Los Saicos fueron una banda de *rock* peruana que, en la década de los sesenta, inventó, según muchos entendidos, el *punk*.

<sup>3</sup> Este es el argumento de un gran cuento del escritor Francisco Ayala, titulado «El hechizado», que nos da una visión muy rica de cómo fue una época de la Colonia española en Hispanoamérica.

del protagonista. Kaya se preparaba a enfrentarlos cuando, de improviso, del zaguán de una casa ruinoso, brincó un samurái con su catana desenvainada y atacó a Gonzales Lobo, quien sin dificultad pudo repeler la agresión, pues brotó de su mano derecha un rayo rojo que calcinó a su enemigo.

«Un samurái, en esa época... ¡Algo va muy mal!», pensó Kaya.

16

Entonces, la figura encapuchada de Gonzales Lobo empezó a cambiar de manera muy extraña: primero, su rostro se fue borrando, hasta quedar solo una mancha negra bajo la capucha; luego, los rasgos del personaje fueron sustituidos por los de un hombre de mediana edad, que se ocultaba tras un antifaz, y, finalmente, sin que Kaya operara el ratón ni el teclado, el rostro enmascarado se aproximó hasta ocupar toda la pantalla, en cuyo ángulo inferior izquierdo se abrió un recuadro de diálogo.

La joven, que esperaba algo como lo que estaba sucediendo, escribió:

**¿Es usted, doctor Romero?**

La cara que aparecía en el monitor respondió, y Kaya pudo escuchar lo que le decía a través de sus audífonos.

—*¿Quién me busca?*

La muchacha tecleó:

**Por mi clave sabe quién soy: Kaya Illumán.**

—*Una clave la puede conocer cualquier persona. ¿Cómo sé que eres Kaya?*

Pruébeme.

—*En mi escritorio, en la empresa, tengo un adorno.*

Tiene varios.

—*¿Cuál es mi preferido?*

Un estilógrafo antiguo.

—*¿Y por qué me gusta?*

Fue de su profesor, el historiador Juan Freile.

—*Eres Kaya.*

Dígame, doctor, por qué...

En ese momento, el teclado dejó de funcionar mientras, en la pantalla, la imagen del hombre enmascarado se pixelaba, para luego desvanecerse. En los audífonos, la muchacha pudo escuchar unas últimas palabras:

—*Aravico. Recuerda: Aravico.*

Y Kaya Illumán vio cómo, en el monitor aparecía, una y otra vez y en rojo sangre, el mensaje:

**GAME OVER!**

**GAME OVER!**

**GAME OVER!**



Muestra  
promocional

**Prohibida  
su venta**

© Santillana

## Capítulo I



**Lunes**

19

Habían bastado cuarenta minutos de un vuelo tranquilo, entre nubes blancas y algodonosas, para que Danilo Mantilla se olvidara de Quito, su ciudad, y de todas sus preocupaciones: las notas de sus últimos exámenes, las advertencias airadas del inspector del colegio, los consejos preocupados de sus padres, la angustiada expectativa de su fiesta de grado y el temor que le producían las difíciles pruebas de ingreso a la universidad.

En unos meses habría terminado el bachillerato e iba a comenzar, tras cumplir con todos los requisitos, sus estudios en la Facultad de Historia y Geografía. Siempre había leído, fascinado, libros sobre los egipcios, los incas, los griegos y los caballeros medievales, y por eso quería dedicar su vida al estudio del pasado, a desentrañar los misterios de épocas anteriores a la suya. La elección de su futura carrera no había sido fácil, su padre le había advertido que nunca iba a ganar demasiado dinero haciendo investigaciones históricas.

—¡Estudia Ingeniería en Sistemas! —insistía—. Esa es la carrera del futuro.

Mientras su padre vociferaba, su madre, como siempre que había una discusión en la casa, miraba compungida y silenciosa a uno y a otro.

20 Danilo estaba muy entusiasmado, tenía diecisiete años, la vida por delante y una suerte inmensa. Había conseguido un trabajo para ocupar los días de sus vacaciones de Semana Santa, entre quimestres: sería pasante en una compañía desarrolladora de videojuegos. Había obtenido el puesto gracias a una convocatoria que le llegó a su Instagram y, tras ganar un concurso para el que escribiera un ensayo sobre los incas, se disponía a pasar quince días en la casa de una de sus tías, a la que no había visto nunca, en Guayaquil, ciudad en la que esa empresa de videojuegos tenía sus oficinas centrales. De su futuro trabajo solo sabía que lo contrataban para ser ayudante de un historiador que asesoraba en la producción de un juego. No tenía más información ni la necesitaba: ¡iba a trabajar, por primera vez, en el campo de la Historia!

Una voz metálica, amplificada por los parlantes, lo sacó de sus pensamientos. Era el piloto, quien advertía que en unos minutos más arribarían a su destino, exactamente al mediodía. La atención del joven, bruscamente, regresó de sus ensueños y recuerdos al pequeño avión en el que viajaba: la cabina cubierta de plástico *beige*, los asientos tapizados con tela azul, los compartimentos para equipaje suspendidos sobre su cabeza y las ventanas estrechas por las que se podía ver un extraño paisaje como un mapa vivo en

la distancia: el ancho río Guayas bordeado por extensiones verdes que debían ser cultivos y una red de líneas que eran, sin duda, caminos y carreteras que limitaban los terrenos. Unos minutos después, los campos fueron sustituidos —a ambos lados del río— por los que parecían, en la lejanía, miles de dados mínimos, de colores claros, echados en total desorden sobre una superficie polvorienta. Finalmente, la ciudad, aún en las riberas del Guayas, fue definiéndose hasta que Danilo pudo ver sus edificios, sus casas, sus avenidas y sus calles, el abigarrado multicolor con el que se levantaba, a orillas del océano Pacífico, el gran puerto de Guayaquil.

21

La azafata, una joven muy bonita que circulaba eficiente por el pasillo central de la aeronave, alistando a los pasajeros para el desembarque, se detuvo un instante junto a su asiento y le preguntó, sonriendo:

—¿Es tu primera vez en Guayaquil?

—No —respondió Danilo, casi con timidez. Y luego, sintiéndose muy orgulloso, le explicó—: Vengo a trabajar.

—¡Que te vaya bien! —le deseó la chica, alejándose hacia la cola del avión.

«¡Me irá bien! ¡Me irá muy bien!», pensó el joven, mientras se dirigía hacia la salida.

Fueron dos los impactos con los que Guayaquil recibió a Danilo Mantilla: el primero, el calor, que lo envolvió como una toalla húmeda apenas empezó a bajar por la escalera del avión, y que lo acompañó hasta el bus que condujo a los pasajeros hasta el terminal. Ya en el edificio del aeropuerto, y mientras agradecía la frescura del aire acondicionado, recibió

el segundo impacto de su llegada, su tía María Genoveva —a la que su padre llamaba «mi hermana Bebita»—, que resultó ser una mujer ya mayor, gorda, alta, rubia y sonriente, vestida con una amplia bata de colores y un chaleco rojo de tela hindú, que tenía el cabello recogido con un cintillo que le apretaba la frente y sostenía un cartel en el que había escrito, entre flores, su nombre.

Cuando la tuvo cerca, el muchacho se presentó, preguntando:

22

—¿Eres la tía Bebita?

La mujer rio y, abrazándolo, dijo:

—Más o menos así me pusieron tus abuelos, allá en Quito. Pero yo me cambié el nombre, ahora me llamo Camila Libertad.

—¿Te tengo que llamar así? —quiso saber Danilo, caminando junto a su tía, divertido.

Había esperado a una señora como sus otras parientas: envaradas y vestidas con faldas oscuras, blusas de encaje y jerséis de punto.

—¡Puedes llamarme como quieras! —resopló, alegre, la señora mientras guiaba a su sobrino, entre la multitud que copaba el terminal aéreo, hacia el parqueadero y comentaba—: ¡Te has puesto enorme, debes estar midiendo más de un metro ochenta! ¡Cuando te conocí tenías como medio metro de estatura!

—Es que hago natación —explicó el chico, atufado—, y el ejercicio me ha hecho crecer.

Luego, mientras subían en un viejo Volkswagen Safari descapotable, la señora puntualizó:

—Mis amigos me dicen Cami.

—Muy bien, te llamaré así —aceptó el joven, mientras intentaba no salir despedido del asiento cuando el pequeño automóvil se puso en movimiento, conducido a toda velocidad por su tía, quien, mientras giraba velozmente el volante, le preguntó:

—¿Qué cuentan tu padre y tus otras tías de mí?

—Poco. Ellos hablan poco y casi siempre de los negocios de la familia.

—Así son.

A Danilo, el tránsito de Guayaquil le asustó un poco —los conductores pitaban e iban muy rápido— pero se tranquilizó pronto: su tía manejaba aún peor que el resto y, cuando hacía falta, gritaba por la ventanilla insultos contra los demás automovilistas.

—Yo, casi a tu edad, me harté de la vida de la familia y de Quito, y me fui primero a España, con unos amigos *hippies*. Luego, vine a Guayaquil y... bueno, tengo poco trato con tus parientes. Tú vienes a trabajar, algo así me dijo tu madre.

—Sí.

—¿En qué?

—Como ayudante de un historiador.

—Creí que era en una compañía, que ibas a ser ayudante de un gerente o algo así.

—Es una compañía de videojuegos, allí trabaja el historiador.

—¿Videojuegos? ¿Esos de las pantallitas?

—Sí, tía Cami.

—Y un historiador... No entiendo, pero no importa. Por lo que dijo tu mamá, la empresa a la que vas está en la avenida Francisco de Orellana, cerca de mi casa. Podrás ir a pie.

—¡Genial!

Pronto dejaron la gran avenida de las Américas, por la que habían circulado, para entrar en un barrio de vías estrechas y casas modernas. La tía Camila se detuvo en una calle que bordeaba un pequeño parque y, señalando una casa de dos pisos, en cuya planta baja se veía el escaparate de un almacén, dijo:

—Allí vivirás las próximas semanas.

—¿Es tu casa?

—Y mi negocio: vendo artesanías.

—Tía —comentó Danilo, mientras cargaba su maleta y seguía a Camila hacia la casa, atravesando el parque—, tú no eres como mis otros parientes.

—¿Y cómo soy? —indagó la mujer, mientras abría la puerta de su domicilio y dejaba que el muchacho entrara en él.

—No sé...

—¡Sí sabes! —rió la dama—. Pero te da vergüenza decirme.

—Sí —rió también Danilo—. No pareces una de mis tías.

—Mis hermanos solo piensan en el dinero, pobrecitos. Por eso no te parezco de la familia.

Y mientras subían las gradas de la residencia, la tía Camila Libertad se puso a recitar, con voz sonora: